

Semblanza del poeta calahorrano Pedro Saralegui Ruiz

A portrait of the calagurritan poet Pedro Saralegui Ruiz

Javier Asensio García*

Resumen

Don Pedro Saralegui Ruiz (1891-1970) fue un poeta y escritor calahorrano de carácter costumbrista. Estuvo destinado en varios ayuntamientos de Andalucía donde ejerció como secretario municipal. Desde la lejanía no perdía contacto con su querida ciudad natal. Colaboraba habitualmente en varias publicaciones, entre ellas los programas de fiestas de Calahorra que eran esperados con afán por sus paisanos por su estilo directo y jovial. Su fe católica e ideas conservadoras están presentes en su obra.

Palabras clave: Pedro Saralegui; Calahorra (La Rioja); Poesía; Poesía costumbrista.

Abstract

Pedro Saralegui Ruiz was born in Calahorra in 1891 and died in 1970. He was a poet and a writer in the costumbrist tradition. He worked in several councils in Andalusia, where he served as the chief secretary. From the distance, he always kept in touch with his beloved home town. He contributed regularly to several local publications, included Calahorra's festivities program. His lively and straightforward style generated high expectations and was warmly welcomed by his fellow townsmen. His Catholic faith and conservative ideas are present in work.

Key words: Pedro Saralegui; Calahorra (La Rioja); Poetry; Costumbrist literary tradition.

* Amigos de la Historia de Calahorra. E-mail: faramir@ono.com

Introducción

Durante mi estancia como trabajador en Delegación de la Agencia Tributaria en Logroño he coincidido con una compañera llamada María Ángeles de Miguel Saralegui, animosa compañera y excelente persona con la que he compartido buenas conversaciones, al principio porque yo era calahorrano y ella, aunque logroñesa, también tenía raíces en nuestra ciudad. En las primeras ocasiones que hablé con ella me dijo: “Mi abuelo tiene una calle en Calahorra, la calle de Pedro Saralegui”. Yo conocía la existencia de la calle y también sabía que Pedro Saralegui había sido un poeta muy querido en nuestra ciudad.

Me contó que parte de su familia vivía en Logroño y que entre todos guardaban las poesías de su abuelo, amén de relatos, recuerdos, fotografías, cartas y variada documentación.

Un día fui a conocer a Juanita, madre de María Ángeles, y a Conchita, su tía, ambas hijas de don Pedro Saralegui. Me aportaron mucha información y me dejaron una buena colección de poesías y relatos de su padre que conformaban gran parte de su obra literaria¹. Enseguida me decidí a escribir una reseña del poeta y su obra para esta revista calahorrana.

1. Biografía

Don Pedro Saralegui Ruiz nació en Calahorra el 29 de julio de 1891. Era hijo de Felipe Saralegui y doña Clotilde Ruiz. Felipe Saralegui pertenecía a ese interminable venero de escultores y canteros vascos, navarros y cántabros que desde el siglo XVI llegaron a La Rioja para la construcción y mantenimiento de iglesias, torres, campanarios, edificios civiles e, incluso, carreteras, artífices que tanto peso han tenido en la historia de la región².

1. Informaron: Juana Saralegui Fernández (24-6-1924) y su hija María Ángeles de Miguel Saralegui (7-8-1956) el 28 de febrero de 2014; y Conchita Saralegui Fernández (18-6-1934) el 24 de abril de 2014.

2. Sigue siendo imprescindible la obra de MERINO URRUTIA, J. B. *Artífices vascos en La Rioja. Ensayo histórico de una gran emigración*.

Por tradición familiar se cree que provenía de Navarra.

El trabajo más reconocido como cantero y escultor que realizó don Felipe Saralegui fue el de la restauración del altar mayor de la catedral de Calahorra después del incendio del año 1900³.

Felipe y Clotilde tuvieron doce hijos, Pedro fue el octavo de ellos. Pasado más de un siglo el apellido Saralegui se ha extendido por Calahorra, La Rioja y otras partes de España. Los calahorranos y riojanos que llevan el apellido se reconocen como parientes. Los recuerdos infantiles le marcaron de por vida: las correrías por el Rasillo de San Francisco y Portales, el vuelo de cometas en la Era Alta y el llevar con orgullo la enseña nacional en la Fiesta del Árbol⁴.

La poesía nace de un sentimiento y el sentimiento de amor al pueblo de su infancia motivó gran parte de su obra, así como el recuerdo de los personajes pintorescos que por entonces daban vida a una Calahorra de gentes sencillas e ingeniosas.

Con catorce años su padre lo mandó a Chile para que allí se labrara un porvenir. Pero en el país andino Pedro Saralegui nunca se sintió a gusto y no hacía otra cosa que añorar su tierra. Muchas veces, en sus ratos de ocio, en lugar de salir con amigos —que los tuvo— se quedaba en casa escribiendo cartas o recuerdos de su pueblo. Como español fue llamado a filas. En aquella época muchos de los jóvenes que habían emigrado a América aprovechaban la lejanía de su patria para declararse prófugos del servicio militar. La juventud española se desangraba en las guerras africanas, pero a Pedro Saralegui no le importó luchar en el frente de Melilla durante más de dos años con tal de dejar Chile y regresar primero a su patria y después a su amada Calahorra.

3. Sobre el incendio y sus consecuencias véase el artículo de CINCA MARTÍNEZ, J. L. El incendio de la catedral de Calahorra.

4. A principios del siglo XX los maestros ilustrados de España instituyeron una fiesta que tuvo mucha trascendencia: los niños de las escuelas acudían ceremoniosos portando plantones de árboles a las riberas de los ríos para plantarlos y cuidarlos durante años. Era la solemne *Fiesta del Árbol* que don Pedro describe al detalle en una de sus poesías.



Figura 1. Pedro Saralegui.

Cuando volvió a Calahorra comenzó los estudios de Derecho. Una vez finalizados se preparó las oposiciones a secretario de Ayuntamiento, que aprobó a la primera. Poco antes de 1919 se casó con Ángeles Fernández Sáenz, natural de El Redal.

Su primer destino fue el ayuntamiento fue Haro, en el año 1920. Allí nació Angelines, su primera hija. Ferviente católico, cuando Angelines fue a hacer la primera comunión, en 1927, compuso una poesía que es muy recordada por toda la familia, *El pan de los ángeles*:

Anda al templo, hija mía,
anda al templo a rezar
ponte tus blancas galas
que vas a comulgar.
Piensa bien, hija mía,
de tu pureza en pos,
que vas hoy al Sagrario
a recibir a Dios.
Advierte, hija de mi alma,

que Cristo viene a ti,
quíerelo mucho, mucho,
quíerelo más que a mí.
¿Celos yo? No, hija mía,
ya sé por dónde vas,
sé que me quieres mucho,
pero a Él... quíerelo más.
Porque aun queriendo a Cristo
más que a mamá y a mí,
nunca sabrás quererlo
como Él te quiere a ti.
Quíerelo, hija de mi alma,
quíerelo con pasión,
que en el amor a Cristo
está tu salvación.
Ofrécele tu vida
con todo frenesí,
quíerelo mucho, mucho,
más que a mamá y a mí.
Aprende, hija de mi alma,
de la verdad en pos,
que solo somos padres
y Cristo es Padre y Dios.
Anda, hija mía, al templo,
que Cristo venga a ti,
quíerelo más que a todos,
quíerelo más que a mí.

Don Pedro Saralegui tuvo varios destinos como secretario municipal, en cada nuevo destino iban naciendo hijos sucesivos.

A Torrecilla de Cameros llegó en el año 1922 y allí nacieron Carlota, Juana y Clotilde.

En el año 1931 fue destinado a Cambil (Jaén), allí nació Pedro, su único hijo varón. Regresó a La Rioja en 1934, concretamente al ayuntamiento de Alfaro, donde nació su hija Conchi. Ya se había proclamado la República y él, aunque se mantenía fiel a sus principios monárquicos, siempre se mostró respetuoso con la legalidad. Cuentan que en el ayuntamiento de Alfaro habían colocado una alegoría de la República —el cuadro de una mujer que enseña medio pecho enarbolando la enseña tricolor— y don Pedro lo mandó retirar indicando que en su lugar tenía que figurar el retrato del presidente de la República, don Manuel Azaña. El alcalde y concejales de Alfaro le agradecieron que

pese a su conocida ideología se aviniese a actuar conforme a la legalidad republicana.

En plena guerra civil (1937) lo destinaron a Laguardia (Álava). Acabada la contienda cogió las maletas para trasladarse a Andalucía. Primero, en el año 1940, a Puebla de Cazalla (Sevilla); después a Arjona (Jaén), 1942, donde estuvo diecisiete años; y por fin Lucena (Córdoba), 1959, hasta su jubilación.

En Arjona la familia Saralegui-Fernández se encontró a gusto. Fue un hombre respetado como funcionario municipal y querido entre el pueblo. Su padre, Felipe Saralegui, murió mientras visitaba a su familia en Arjona y allí está enterrado. El traslado definitivo a Lucena fue un ascenso profesional ya que la localidad era de mayor población y entidad. En Arjona le despidieron con todos los honores y en Lucena fue muy bien recibido. Para la ocasión compuso una poesía titulada *De cielo en cielo*:

De aquesta ocasión en pos
al cambio de mi vivir,
tengo que decir adiós
y no lo puedo decir.
Es un adiós que no llega
a tener pronunciación
porque la lengua se niega
a impulsos del corazón.
Y no me despediré
por no escuchar la respuesta,
que yo solamente sé
las lágrimas que me cuesta.
¡Un adiós a lo más caro!,
un adiós que no lo doy
puesto que no me separo
ni digo adiós ni me voy.
Porque si oficial demanda
puede disponer de mí,
en el alma nadie manda
y el alma la dejo aquí.
Y perdonad que recoja
una coplilla ligera,
que al estilo de mi Rioja
dice de aquesta manera:
Cuando se sale de Arjona
dos fuerzas son a luchar,

el auto tira p'adelante
y el alma tira p'atrás.
Vine joven, me voy viejo
y con el alma abatida,
porque en las calles que dejo
se me queda media vida.
Vine con mi negro pelo
y el alma recia y templada
y me voy suegro y abuelo
con la cabeza nevada.
Vine porque ya tenía
noticias de gente buena,
llegué loco de alegría
y me voy muerto de pena.
Dejo recuerdos que añoro
y hojas de mi propia rama,
y hasta la historia de un toro
que fue en alas de fama⁵.
No es adiós, es un vuelo,
es acaso la locura,
del que desierta del cielo
y se embarca en la aventura.
Yo sé que es un paso grave
de la incertidumbre en pos,
mas soy cristiano que sabe
poner su confianza en Dios.
Y en muy reciente ocasión,
y con esperanza plena,
llegué a pedir protección
a la Virgen de Lucena.
A distancia de su altar
oré ante ella con tal fe
que me pareció escuchar:
—No temas y acércate—.
Y al admirar su belleza
y al pedir su protección,
ella inclinó la cabeza
y yo lloré de emoción.
Y de esta gracia en virtud,
saturado de consuelo,
os dejo alma y gratitud
y me voy al otro cielo.

5. “La historia del toro que fue en alas de fama” fue una anécdota que protagonizó don Pedro a nivel nacional y de la que daremos cuenta más adelante.

Para cuando don Pedro Saralegui se jubiló, varias de sus hijas se habían casado en Logroño. No queriendo separarse de su familia e ilusionado con volver a su tierra, don Pedro vino a vivir a la capital de La Rioja hasta su muerte. Falleció el doce de octubre de 1970, día del Pilar, con 79 años. Está enterrado en el cementerio de Logroño.



Figura 2. Pedro Saralegui y su mujer Ángeles Fernández en su casa de Logroño con su nieto Jesús de Miguel.

2. Personalidad

2.1. Un hombre activo y muy creativo

Don Pedro Saralegui fue un hombre de su tiempo. Como Secretario Municipal dejó “buen rastrojo” —expresión calahorrana que a buen seguro conoció— allí por donde pasó. Aficionado a la poesía, el relato y la tauromaquia, tuvo la oportunidad de relacionarse con destacadas personalidades de su época.

Don Pedro fue siempre más monárquico que hombre del Caudillo. Visitaba a don Juan de Borbón en su residencia portuguesa de Estoril y mantuvo con él una amistad casi íntima. Conchita Saralegui tiene fotos suyas y de una hija junto a la esposa de don Juan, la princesa María de las Mercedes de Borbón. Conservan parte de la correspondencia que mantuvieron con la madre del rey emérito don Juan Carlos I.

En el año 1937, estando de secretario de La Guardia (Rioja Alavesa), conoció y entabló amistad con el capitán Gallarza, que más tarde llegó a ser general y ministro del Aire. También tuvo amistad con el escritor José María Pemán y con el

famoso locutor radiofónico Bobby Deglané. Conchita guarda cartas de estos personajes.

Aficionado a los toros, vivió en directo como espectador la muerte de Manolete en la plaza de toros de Linares el 28 de agosto de 1947. Aquella noche llegó a su casa de Arjona descompuesto y —según sus hijas— “tardó una semana en levantar cabeza”.

También mantuvo buena relación con el diestro Manuel Benítez *El Cordobés*. Conchita Saralegui guarda las cartas que este torero le mandaba a su padre, “todas llenas de faltas de ortografía”.

También mantuvo de por vida la amistad que había forjado de pequeño con sus paisanos calahorranos. No hacía distinciones de clase, lo mismo se codeaba con las autoridades, comerciantes, médicos y empresarios que con los labradores y personajes más castizos de su querido pueblo.

2.2. Calahorrano hasta la médula

Allí por donde iba presumía de su origen calahorrano como si de un título de nobleza se tratara. Lucía en la solapa una insignia del Club Deportivo Calahorra porque ella era un escudo de su ciudad.

Y presumía de ciudad porque para él, “los Campos Elíseos de París me parecen eras de pan trillar comparados con mi calle Grande” y la torre de la iglesia de Santiago “más bonita que la de San Pedro en Roma”, así dice en su relato *Español y calahorrano*.

Precisamente a una campana de la torre de su parroquia de Santiago le dedica unos versos llenos de sentimiento:

La campana María

Torre de mi parroquial,
 estampa de mi recuerdo,
 majestad plena de gracia
 entre el Cidacos y el Ebro.
 Torre de Santiago Apóstol,
 de rancios bronces joyero,
 corona de una ciudad
 que tiene el honor por credo.
 ¡Ay, mi campana María!,
 aliento y voz de mi pueblo,
 qué lejos estoy de ti
 y qué cerquita te tengo.

¿Qué importan leguas y leguas
si estás en mi pensamiento,
y tengo el alma a tu vera
y te veo en mis recuerdos?
Entre cientos de campanas
distinguiría tus ecos,
cuando repicas a fiesta
y cuando lloras a un muerto.
Yo celebré tus hosannas
y lloré con tus lamentos,
y tus ecos me enseñaron
a rezar el Padrenuestro.
Y hasta templaste mi lira,
cuya poquedad te debo,
porque son tus campanadas
romances que van al Cielo.
¡Ay, mi campana María!,
campanita y campanero,
¡qué bien repicáis a fiesta!
y ¡cómo dobláis a muerto!

En gran parte de su obra impera el amor por lo local, su paisaje y su paisanaje. Su poesía es, en general, sencilla como el habla de los calahorranos y gran parte de ella fiel reflejo de la vida de su ciudad.

Uno de sus poemas, el más largo que compuso, titulado *El romance de la Topete*, es una clara muestra de lo bien que se encontraba escribiendo sobre su pueblo utilizando el lenguaje propio del pueblo. Aunque hoy el día de Santiago ha desaparecido del calendario festivo local, en el año 1907 Calahorra celebraba al santo patrón de España por todo lo alto. Como toda fiesta grande tenía su misa, su olla, su gaita y su encierro. La gente esperaba en la antigua plaza de toros —entre la calle Mártires y la del Teatro— la llegada de las vacas de la ganadería de los Beriain desde el corral del término de La Estanca. Entre la vacada venía una res, *La Topete*, que causaba respeto en todos los pueblos de La Rioja Baja y la Ribera de Navarra donde ya la conocían. Mientras los mozos que estaban dispuestos a correr delante de ella empezaban a acongojarse por las previsibles embestidas de *La Topete*, esta, resabiada, decidió volver al corral en plena carrera y convenció a sus compañeras para dejar a Calahorra sin encierro.



Figura 3. Pedro Saralegui.

Romance de la Topete

I

Es el día de Santiago
Apóstol, Patrón de España,
que de las fiestas de rumbo
fue siempre la más sonada.
Reina el bienhechor silencio
de una mañana templada
y pone luz en las sombras
el sabio pincel del alba.
Como acudiendo a una cita
que la tradición cursara,
cientos de madrugadores
abandonan sus moradas.
Que es el día del Apóstol
Santiago, Patrón de España,
y antes de que el sol despierte
hacen las vacas su entrada.
Llevan con notorio alarde
sacos a guisa de capa,
y algunos llaves enormes
entre sus ceñidas fajas.
Hablan quedo, temerosos,
por señas más que palabras,
en noble demostración
de respeto al que descansa.
Porque es sabido y notorio,

y lo confirma la fama,
 que tiene sitio en la historia
 la nobleza calahorrana.
 —Buenos días. —Buenos días,
paice que madrugas, *Cañas*.
 —¡Qué le vas a *hacel*, *Meterio!*,
 hay que *salil* a *esperalas*.
 —Vamos a *vel* qué *ganau*
traí Camilo de la Estanca.
 —Como traigan *La Topete*,
 ¡cualquiera sale a *toriala!*
 —Eso no lo sabrá nadie,
 porque como es mucho mala
 han dicho que a *La Topete*
 si la *train*, la *train* pintada.
 Y tiemblan ante ese nombre,
 terror de La Rioja Baja,
 que presumió muchas veces
 con sangre moza en sus astas.
 Mas no fue limpia su historia
 porque le dio nombre y fama,
 más que una noble bravura
 su traicionera arrancada.
 Y hablan de *La Pisaflores*,
La Barquillera y *La Manca*,
 y van a los Minglanillos
 como distancia arriesgada.
 Allí se afina el oído
 y los nervios se disparan
 porque al sentir de los cencerros
 hay que volar a la plaza.
 En el soplo de la brisa
 que refresca la mañana,
 imaginan las esquilas
 de mansos en galopada.
 Y detienen el aliento
 y otean en la distancia
 y se ciñen el ropaje
 para iniciar la escapada.

II

Por fin, más allá del río,
 cuando la mañana aclara,
 se ve la nube de polvo
 que levanta la vacada.
 —¡Ya vienen, ya están aquí!,
 y aunque están a dos mil varas,
 el pavor impone a todos

hacer de las piernas gala.
 El más valiente supone,
 alargando las zancadas,
 que el cuerno de *La Topete*
 le va rozando la espalda.
 Y no se corre, se vuela,
 como aves en desbandada
 y les parece que ante ellos
 se va alejando la plaza.
 A los que se van cruzando
 les gritan la voz de alarma:
 —¡Quítate *d'iy* que las entran,
 que ya están aquí las vacas—.
 Al empujón que recibe
 de otro que detrás volaba,
 mide el suelo a cuerpo limpio
 un mozo de la Enramada.
 La voz lastimera y grave
 del “ese. o. ese.” que lanza
 estimula a los que corren
 a coger sitio en la plaza.
 Bien quisieran auxiliarle
 como la ocasión demanda,
 pero las alas del miedo
 no dejan frenar la marcha.
 Y saltan sobre su cuerpo
 como centellas aladas,
 y allí se queda el caído
 como carga abandonada.
 Él se encomienda al Apóstol
 porque saltos y pisadas
 le parecen mil *Topetes*
 que le clavan dos mil astas.
 Otros, menos arriesgados,
 tomándolo con más calma
 no rebasan sus alardes
 de las puertas de la plaza.
 Allí hay tres carros en fila
 haciendo de barricada,
 que representan la meta
 de las huestes de La Estanca.
 Cuando llegan los primeros
 gritando la voz de alarma,
 se alborotan los que esperan
 buscando sitio en la plaza.
 Detrás de ellos van entrando,
 blanca de miedo la cara,

los que advirtieron el polvo
que levantó la vacada.
Y ya no hay más que esperar
entre vallas o en las gradas,
al Heliodoro⁶ a caballo
guiando a las de La Estanca.

III

El Gordo, que está en la arena,
luce recién estrenada,
su blusa de satén negro
como capote de gala.
El de brega no usó nunca
porque en rápida pasada,
fue el recorte a cuerpo limpio
la suerte que ejecutaba.
Un cortinón color sangre
lleva *El Garrules* por capa,
y *El Chusco* pasea en hombros
a un Iscariote de paja.
El Serrucho y *El Gurriete*,
frente a la puerta de entrada,
tienen en ella los ojos
y la siniestra en la valla.
Y cada vez que un zagüero
entra corriendo en la plaza,
hacen amago de salto
mirando a última grada.
Entre carreras y gritos
hierva de emoción la plaza,
porque se corre la prueba
en cuanto lleguen las vacas
y revienta el entusiasmo
y huele a vino y albahaca,
y vuelan de mozo a mozo
botas de mosto de casa.
Medio siglo ha transcurrido
y aún conservo la fragancia
del aroma incomparable
que Dios puso en nuestra albahaca.
Porque respiré el perfume
de esencias, flores y plantas,
pero... sin olor a Rioja
llega al sentido sin alma.
Ya no son sombras las sombras,
ya se dibujan las caras

porque es *Calaurra* y Santiago
y el sol viene a ver las vacas.
Pero va tejiendo el tiempo
sombras de duda en la plaza,
porque Febo se aproxima
más presto que la manada.
Y no falta el aguafiestas
que en esas sombras se ampara,
para dar con sus augurios
la fiesta por terminada.
Mas no cede el entusiasmo
ni decrece la algazara,
porque en los términos graves
siempre queda una esperanza.
Pero ¡ay!, que se va sabiendo
y se corre por la plaza
que han puesto cuernos *quemaus*
y se han *escapau* las vacas.
Se maldice a los culpables
y las lenguas se desatan
y ante el fin tan imprevisto
se ríe el Judas de paja.
Cuando salen a la calle,
al abandonar la plaza,
ven pasar una camilla
que lleva al de la Enramada.
Detrás marchan dos mujeres,
del mozo madre y hermana,
que van prometiendo a voces
pegarle fuego a la Estanca.

IV

No fueron cuernos quemados
porque nadie puso nada,
que no fuesen los deseos
de ver entrar a las vacas.
Fue que *La Topete* entiende
la intención y la palabra,
y no tenía aquel día
ganas de que la torearán.
Habló con vacas y mansos
y de acuerdo la manada
del Pozo de los Novillos
se volvieron a La Estanca.
Total: El Judas ileso,
los calahorranos sin vacas,
y en el hospital un mozo
con seis costillas quebradas.

6. Heliodoro era el mayoral de la ganadería.

Y ante el herido una madre
 que entre sollozos exclama:
 ¡Vaya un día del Apóstol
 Santiago, Patrón de España!
 Él permita que yo vea
 hecha una pira la Estanca,
 y a tus “valientes” amigos
 en los cuernos *desa* vaca.
 Y prodiga maldiciones
 y quiere quemar la plaza,
 y dice sus desventuras
 y el mozo... no dice nada.

2.3. El humor

Don Pedro Saralegui debió ser un hombre muy jovial, así lo recuerdan sus hijos y nietos y así lo dejó plasmado en sus escritos. En el año 1952 la lio parda a costa de una inocentada que media España dio por buena. El 28 de diciembre de ese año, día de los Santos Inocentes, tuvo la ocurrencia de publicar una noticia falsa en el diario *Jaén*. La noticia estaba en el límite de lo verosímil y lo inaudito, tan bien pergeñada que corrió como la pólvora por todos los periódicos de tirada nacional y por las emisoras de radio. Lo que don Pedro contaba fue que cerca de Arjona había una manada de toros, que uno de ellos se había separado del resto y había aparecido en la plaza de la ciudad. Tres valientes voluntarios le dieron muerte: el administrador de Correos, un maestro nacional y un comerciante. Durante la brega del toro le robaron al comerciante un billete de lotería que a la postre resultó premiado con doscientas mil pesetas, el cuarto premio de la lotería de Navidad de aquel año. La falsa noticia fue dada por buena por muchos diarios nacionales: *La Vanguardia*, *El Diario Vasco*, *Diario de Burgos*, *La Voz de España*, *Córdoba*, *Amanecer*, *Heraldo de Aragón*, *Diario de Valencia*, *Nueva Rioja*, *El Ruedo*, *Siete Fechas*, *Arriba*, *Sur*, *ABC*. El padre del comerciante leyó la noticia en Barcelona y decidió ir a Arjona a abrazar a su valiente hijo —y suponemos a ver qué había pasado con el décimo de lotería—. Cuando llegó a Arjona, comprobó que todo era falso. Al ver al secretario del ayuntamiento, nuestro Pedro Saralegui, le lanzó una mirada fiera que le hizo mudar el semblante. El autor se vio obligado a escribir

en el diario ABC, el más leído de la época, (7 de enero de 1953) una carta de arrepentimiento por haber engañado a veintiocho millones de españoles y en la que confesaba en su propio desagravio que al escribir la falsa noticia “mis intenciones no llegaban a tanto”.

Nuestro autor tenía facilidad para la versificación, era lo que se denomina un repentista, hombre capaz de componer una poesía en cualquier momento y evento, como bodas y bautizos. Así lo recuerdan los familiares y amigos que compartieron con él momentos inolvidables.

Una de sus ocurrencias era la de enviar cartas cuyo destino venía escrito en el sobre a modo de adivinanza, acertijo que debía de desentrañar el servicio de correos y el cartero repartidor. Entre ellas varias dirigidas a su amigo Ernesto Ortega, conocido empresario calahorrano, propietario de Gráficas Ortega que más tarde fue concejal del ayuntamiento en su etapa democrática y presidente del Club Deportivo Calahorra:

Voy camino de La Rioja,
 la cuna del tinto bueno,
 para que allí me recoja
 Ernesto Ortega Moreno.
 Hasta pasado mañana
 no llego al punto previsto,
ques la ciudad calahorrana,
 Morcillón, la edad de Cristo.

Ninguna carta se perdió y fueron muchas las que salieron de esta guisa desde Arjona o Lucena. Las hijas de Ernesto Ortega guardan estas cartas como un pequeño tesoro familiar.

2.4. Costumbrismo calahorrano

En su afán por recordar momentos pasados de su querida y lejana Calahorra don Pedro Saralegui nos da noticias de las costumbres que le tocó vivir en su juventud, por ejemplo de los carnavales. La descripción que nos hace de aquellas fiestas es precisa y valiosa:

Botonazos calahorranos

Voy a ver si a duras penas
 y en términos generales
 revivo aquellas escenas

de los muertos carnavales.
 De aquella fiesta bravía,
 por calahorrana famosa,
 con sabores de alegría
 y olorcillo a mantecosa⁷.
 Voy a repasar su historia,
 aunque sea a grandes trazos,
 sacando de mi memoria
 unos cuantos botonazos⁸.
 Y conste que he de sacar,
 por el orden oportuno,
 a los que vi desfilar
 sin inventarme ninguno.
 Hoy dejo estos olivares
 que es el oro nacional
 y me traslado a mis lares
 un martes de carnaval.
 Ya lo estoy viendo, ya escucho
 de la bulla el descompás,
 ya viene el tambor del *Cucho*
 con cien chiquillos detrás.
 ¡Qué Babel!, ¡qué confusión!,
 desde Raón y Sol al Raso
 detrás del niño llorón
 iba el del higuillo al paso⁹.
 Otro daba latigazos,
 y éste era el clásico cuadro,
 a otro par de botonazos

que tiraban de un *aladro*.
 Tan a pecho iban tirando,
 con tal brío y a tal gas,
 que a chorros iban sudando
 los de *ailante* y el de atrás.
 Aquel entraba en función
 forrado con paja hembrilla
 y alguien, con mala intención,
 pensaba en una cerilla.
 Pero había Providencia
pál botonazo en cuestión
 y la cristiana ocurrencia
 se quedaba en intención.
 Un par de peques gritaba,
 ponía acción, discutía,
 la una careta lloraba
 mientras la otra se reía.
 Se engancharon a la greña
 y era la lid de tal guisa,
 que el llorón daba la leña
 y al otro le daba risa.
 El pobre peque gemía
 parando las bofetadas
 y su careta seguía
 riéndose a carcajadas.
 Otro alzaba la cortina
 saliendo al torrente humano,
 con la pardusca anguarina
 de un *cuñao* de Quintiliano.
 Pero el corro lo formaba
 y hasta originaba apuestas
 aquel que no se cansaba
 de llevar a un hombre a cuestras.
 Porque del ingenio en pos
 consistía aquella trola
 en hacer ver que eran dos
 siendo una persona sola.
 Caretas tuvo la danza,
 serias, con gesto de viernes,
 que eran la fiel semejanza
 de políticos en ciernes.
 Silvela, de húngaro astroso,
 látigo en mano y sombrero,
 y Moret, que hacía de oso,
 bailaba al son del pandero.
 Y corrían los chavales
 arreando vejigazos,

7. Mantecosa: Bollo redondo con base de oblea y algo de azúcar en la parte superior que todavía se hace en algunas panaderías calahorranas sobre todo en tiempo de carnaval.

8. Botonazos: El autor juega con el doble sentido de la palabra. Lo dice con el significado de ejemplo o botón de muestra y también de un modo literal refiriéndose a uno de los personajes del viejo carnaval calagurritano. Los botonazos eran hombres disfrazados “armados de unas botas o pellejos hinchados con los que se obsequiaban a los transeúntes” GUTIÉRREZ ACHÚTEGUI, P. Historia de la muy noble, antigua y leal ciudad de Calahorra, p. 290.

9. El higuillo. Se refiere al juego del higuillo o del *higui*. El bromista o gracioso de carnaval llevaba un higo colgado de un hilo (a veces de una caña) y lo colocaba a la altura de la boca de un niño u otra víctima, éste lo debía coger con la boca, “al higui, al higui, con la mano no, con la boca sí”. Cuando estaba a punto de alcanzarlo, el del higo tiraba del hilo o la caña para arriba y a la víctima se le iba la mano instintivamente para cogerlo. En ese momento el bromista, que tenía un palo en la otra mano, le lanzaba un golpe por contravenir las reglas del juego.

que *paeso* eran carnavales
 y ellos eran botonazos.
 Y se alejaba el turbión
 buscando mejores metas,
 hasta el toque de oración
 que arrancaba las caretas.
 Y aún a descubierta faz
 no era la jornada entera,
 sin exhibir el disfraz
 careta por cogotera.
 Estas escenas y ruidos,
 con ser de tan vieja historia,
 ni se ajan en mi memoria,
 ni callan en mis oídos.

Los descendientes de Pedro Saralegui guardan copias no solo de sus poesías sino también de relatos, cuentos y varias anécdotas escritos en prosa. Alguna vez combina las dos técnicas de escritura, como en el caso de su composición titulada *Voces y pregones* en la que recuerda los personajes y las voces que hacían de las calles de la Calahorra de comienzos del siglo XX una ciudad animosa y bullanguera. Eran los tiempos de la *Gila*, vendedora de periódicos, Daniel el pregonero del Ayuntamiento, Crispulo el alguacil, el sereno nocturno de voz aguardentosa, las pullas de carnaval, la arregladora de paraguas o el cochero que se anunciaba en la estación del tren para subir a los clientes del Hotel Espinosa.

Voces y pregones

No es que los recordemos, no, es que aún nos suenan en los oídos como si estuviésemos oyéndolos. Eran voces que llenaban el ámbito calagurritano, allá en los primeros lustros de nuestro siglo.

Por muchos años de vida que Dios Nuestro Señor se dignase concedernos, no olvidaríamos nunca, mejor dicho, no dejaríamos de oír aquellos pregones, aquellas voces que surgían potentes rasgando el silencio bienhechor de nuestra milenaria ciudad.

Así, a las ocho de la mañana, oíamos a La Gila: “La Rioja de hoy, que acaba de llegar ahora, con la catástrofe de Torremontalvo”.

A las diez surgía la misma voz:

“Imparcial, Liberal, Heraldico, El País y la Correspondencia, con la guerra de Melilla”.

Y más que correr, volaba,
 portando nuevas de guerra,
 y valían una perra
 los diarios que pregonaba.
 Sonaba los aldabones
 de sus hijos parroquianos
 y se soplaban las manos
 presas de negros mitones.

A las once, una voz oficial decía:

“En casa de Patricio Saribiarte, sardinas a treinta y cinco céntimos, besugo a setenta, merluza a peseta, atún a una veinte, calamares a ochenta, almejas a treinta y cinco céntimos”.

¡Ay!, pero en aquella data
 iban sirvientes y damas,
 con Amadeos de plata
 y billetes sin escamas.
 Plata sonante y sencilla,
 billetes limpios y sanos
 y un cobre por calderilla
 que no manchaba las manos.

Y seguía la misma voz:

“El que haya encontrado una llave con correa que se perdió ayer en el Raso, que la entregue en la posada de Manrique y se le darán albricias.”

Y corría Calahorra
 del uno al otro confín,
 soplando su cornetín
 y quitándose la gorra.
 Daniel se le puso en pila,
 serio, pasivo y austero,
 y era nuestro pregonero
 cachorro de aquella Gila.
 Aunque entre recuerdos mil,
 declare, siendo sincero,
 que fue mejor pregonero
 el Crispulo el alguacil.

Y ¿cómo olvidar aquellas voces carnestolendescas que decían:

“Áise, áise, poco *chirume*, *ques conocidooo*”?

O estas otras:

“Áise, áise de la anguarina, *ques el Gurrieteee*”.

Y al Gurriete le salían los colores más allá de la careta porque saberse conocido era el oprobio, la vergüenza más grande que sobre un botonazo podía caer.

Y herido por el bochorno
y maltrecha su ilusión,
se refugiaba en un horno
a esconder su turbación.
Allí cobraba entereza
y afrontaba su querella
y pedía una cabeza
y se vengaba con ella.

Otra voz, y esta era general cuando el sol llegaba a su ocaso, decía:

“Ya viene Lorés”.
Era la electricidad
que por diabólico ardid
ponía a nuestra ciudad
a la altura de Madrid.
Se cambiaba la tortilla
como en política vil,
y triunfaba la bombilla
y fracasaba el candil.

Y aquella voz de la faraona de los paraguas:

“Componer, *puy*, *paraguas*”.

Nunca llegué a comprender el significado del “puy” pero ese era su pregón.

Tenía el gitano truco
de embaucar con salero,
y un bigote, ya caduco,
propio de un carabinero.
Usaba instintos geniales
y componendas tan finas,
que al cruzar los arrabales
le seguían las gallinas.

En la estación, a la hora de los trenes, se oía la voz:

“Hotel Espinosa, coche al pueblo”.

Los labios del Patolea,
según la historia precisa,
ni tenían verborrea,
ni conocieron la risa.
Su pensamiento era un foso

cerrado con barro y peñas,
y por no hablar, al Vicioso,
lo manejaba por señas.
Era de mediana talla
y de amoscado talante,
pero era el rey de la tralla
y era su trono el pescante.

Y por último, cuando la ciudad descansaba, se oía otra voz:

“Las dos y media, *nubladoo*”.

Era una voz que surgía
lenta, penosa, doliente,
una voz que se perdía
entre tufos de aguardiente.
Y por el mismo conducto,
aguardentoso y sereno,
huía un sonoro eructo
con pretensiones de trueno.
Y estas eran sin amaños,
sin faltar a la verdad,
las voces que en mi ciudad
se oían aquellos años.¹⁰

3. Estilo poético

La rima sencilla era la más apropiada para la poesía costumbrista, sobre todo en coplas octosílabas. Pero don Pedro Saralegui dominaba otros metros y estilos poéticos: romances, hexasílabos, decasílabos, endecasílabos, versos truncos, sonetos, etcétera.

Entre la documentación que guarda su hija Conchita vemos alguna poesía repetida. No es un hecho casual. Algunas veces escribió una primera versión y con el paso del tiempo la mejoró. Da la sensación de que los poemas que iban a ser publicados en prensa o libros fueron objeto de revisión antes de su publicación definitiva.

De la capacidad para escribir poesías cultas traemos el ejemplo de un soneto dedicado a un pordiosero.

10. Transcripción literal del relato de don Pedro Saralegui titulado “Voces y pregones”.

¡Dios lo ampare!

Del espacio infinito cae la nieve
que de blanco sudario cubre al suelo,
van las aves inciertas en su vuelo,
con piar lastimero que conmueve.

Arcaica su voz y paso leve,
buscando en los humanos el consuelo
implora caridad un pobre abuelo
narrando su historial triste y aleve.

Y esperando encontrar las almas buenas,
con plegarias y frases de fe plenas,
al transeúnte le ruega que repare.

Pero en pago al relato de sus penas,
eslabones aumenta a sus cadenas
la frase sin piedad de “Dios lo ampare”.

4. Obra

4.1. Dos libros

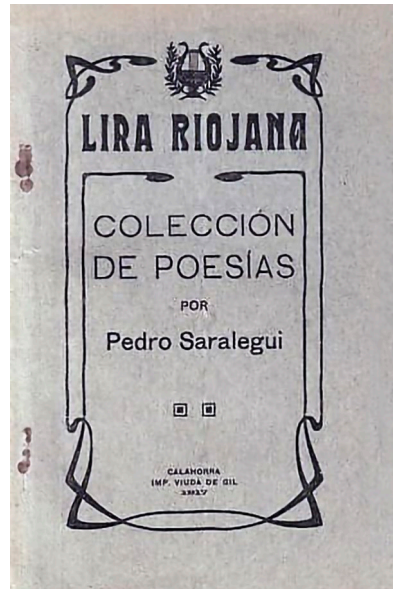
En el año 1917 el joven estudiante a punto de acabar la carrera de derecho, todavía soltero, publicó un libro de poesías titulado *Lira riojana. Colección de poesías*. Lo publicó en la imprenta calahorrana Viuda de Gil.

En el año 1929 publicó un nuevo libro de poesías en Jaén bajo el título *¡Cualquier cosa! Poesías*. Los poemas de este libro están muy cuidados, parecen haber sido objeto de varias correcciones y, al menos al principio, el autor escribe sobre asuntos generales, seguramente con la intención de llegar a un público más amplio que el de su patria chica. No obstante, avanzada la obra, recurre de nuevo a su amor por lo local para pintar varios lugares de la ciudad en su colección de versos titulada *Paisajes calahorranos*.

Vamos a hacer un resumen de cada una de las poesías y relatos que nos han llegado a través de las recopilaciones familiares.

4.2. Poesía

Mi primer duro: En el año 1903 se celebró la Fiesta del Árbol. La comitiva de niños que iba a plantar árboles en el Ebro salió desde el Rasillo de San Francisco y pasó por el ayuntamiento que entonces estaba en la plaza del Raso. El niño Pedro



Figuras 4 y 5. Portadas de dos libros publicados por Pedro Saralegui.

Saralegui portaba orgulloso la bandera nacional y por ello se ganó un duro de plata con la efigie de Amadeo I de Saboya. Magnífica descripción de cómo se desarrolló la jornada.

Nochebuena: Recuerdos de las celebraciones de la Nochebuena durante su infancia.

Ya vienen los Reyes: La ilusión infantil de la llegada de los Reyes Magos con los sencillos regalos que depositaban en las botas de los niños.

Paisajes calahorranos: Recuerdos infantiles del Rasillo de San Francisco.

Los Morales: El poeta se arrepiente de haber robado de niño el nido de pájaros de un moral.

El Raso: La plaza del Raso de su infancia, con la estatua de La Matrona y el alguacil Demetrio, era distinta a la actual.

La Era Alta: El parque de la Era Alta, donde siendo niño volaba la cometa, es comparable a la Gloria.

Santiago el Viejo: Mucho ha cambiado la calle de Santiago El Viejo desde los tiempos en que vivió La Maña.

Los Portales: Recuerdos de la calle Portales donde jugaba de pequeño.

La Torrecilla: Recuerdos del Ciprés de La Torrecilla y del crimen del *Mata Dios*.

¡No llores!: El autor parte para Chile y se despidió de su madre con una poesía en la que le pide a ella que no llore.

Andanzas de dos calahorranos por las calles santiaguinas: Saralegui y un paisano apellidado Segura alternaban por las calles de Santiago de Chile con dos jóvenes hermanas sin ninguna intención de casarse con ellas. Vecinas de estas chicas era el secretario de la embajada de Alemania, un tal Bécquer, quien les saludaba cuando los veía cortejar. Este Bécquer fue protagonista de un suceso muy nombrado en aquella época: asesinó al portero de la embajada, lo quemó, le colocó su propia dentadura y anillo (los de Bécquer) para hacerse él pasar por el muerto y huyó a la cordillera andina. Al final, los carabineros lo encontraron y lo mataron.

A mi querido hermano Francisco en su viaje a Chile: Poesía sobre la emigración. Pedro Saralegui, que había vuelto de Chile para no volver más, llora la partida del su hermano al país sudamericano.

Sí, juramos: Poesía en versos de diez sílabas dedicada a los quintos el día que juran fidelidad a la bandera.

Mi paisano: En la mili un andaluz se hace pasar por paisano del quinto Pedro Saralegui quien le promete ayuda. Fue un engaño para robarle el gorro, los pañuelos, una forrajera nueva y unos gemelos.

Mi licencia: Soneto dedicado a la madre patria con motivo de licenciarse del servicio militar.

Estampas calahorranas. El Moruno: Borrachín calahorrano que iba por las calles dando tumbos y los niños se reían y abusaban de él.

Las vecinas de Cirilo: Cirilo Ovejas, natural de Pradejón, vivía en una de las callejas de San Antón. Fue a poner una denuncia al juzgado porque tenía unas vecinas cantarinas y revoltosas que no le dejaban dormir.

Hay que verlo: Se trata de la poesía anterior, Las vecinas de Cirilo, retocada y descontextualizada de Calahorra para su publicación en el poemario *Cualquier cosa*.

Aventura calahorrana: El alguacil Crispulo pretendía a una mujer a quien llamaban *La Maña*. No la logró conquistar. Tuvo que enfrentarse a unos perros que le ladraban al paso de los gigantes.

Calagurritanos célebres. Gabino el cartero: Recuerdos y anécdotas de un cartero alegre y chistoso.

Calagurritanos célebres. Millonario nuevo: El autor se mofa de Santiaguillo, enriquecido a costa del estraperlo, se hizo llamar don Santiago y se fue a vivir a Logroño. Pese al cambio de estatus económico se mantuvo en la ignorancia más absoluta.

Calagurritanos célebres. Semblanzas de antaño: Recuerdos de personajes célebres: El Chato, Garrillas, Gabín, Benito, don Bonifacio, Juan Hueto, el Flor, Fulgencio Leza, Perico el Pochas, Tomás el molinero, Salvador el barbero, el Brindo, el botero,

el Panyuva, el Pedupo, Pedro Rabal, el gordo y el Magariños.

La Gila: Recuerdos de la célebre Gila, repartidora de periódicos de puerta en puerta que pregonaba los titulares de la prensa.

La Exposición de Sevilla: Un calahorrano paleta le escribe a su esposa *Ustaquia* contándole las cosas grandes que ha visto en la Exposición Universal de Sevilla de 1929. La mujer le responde con el lenguaje vulgar que ha usado el marido.

El hombre que no quiso vivir: El señor Julián, zapatero remendón de la calle el Sol, murió en el año 1904. Resucita en el año 1965 y al ver cómo ha cambiado Calahorra, no entender qué era eso de las televisiones, ver el tráfico de coches y camiones con sus ruidos espantosos, el rascacielos del Mercadal que le pareció la torre de Babel, la subida del precio de las chuletas y que el dinero que llevaba en el bolsillo no le servía de nada decidió regresar a la tumba.

¡Qué tiempos aquellos!: Nostalgia de antiguos personajes populares ya desaparecidos. A la vez ensalza la belleza de los jardines donde se ubican las estatuas de La Matrona y de La Moza.

El castañero: Un calahorrano llamado Julián montó un puesto de venta de castañas en la esquina del Banco de España de Logroño. Un día apareció un paisano por allí y le pidió veinte duros prestados a Julián. A este no se le ocurrió otra cosa que decirle que había firmado un contrato con el Banco de España que estos no podían vender castañas y que él no podía prestar dinero.

Barajeo lo mío: El autor se dirige a don Felipe Broquetas con recuerdos de la ciudad.

Adios, Basilio: Basilio Torres se traslada a vivir a Madrid. Da la sensación de que busca un triunfo artístico. Pedro Saralegui le da ánimos en su aventura.

Prestigios calahorranos. Don Ricardo Chavarría: Don Ricardo Chavarría fue buen médico, buena persona y de consejos prudentes en todos los ámbitos de la vida.

Paella calahorrana: El autor compone un romance usando apellidos conocidos en Calahorra.

Romance del ausente: El autor siente nostalgia de no poder estar en las fiestas de su pueblo. Costumbrista.

Quietos en casa: Se acercan las fiestas de Calahorra y Saralegui se queda en Arjona aunque duda si a última hora no viajará en tren o quizá a caballo, cruzando La Mancha como don Quijote.

Celos: El autor siente celos de todo lo que rodea a Calahorra.

Mola (1936): El general Mola ha muerto pero sigue vivo en la España de Franco.

Castillo nuevo: Poesía metafórica sobre la España de Franco, construida como un castillo nuevo. Se repasan varias gestas de la reciente nación española.

Dolor hispano: Seguidillas por la muerte de la Reina María Cristina en el exilio.

Somatén: Semblanza de la institución catalana del Somatén que defiende los valores de la España soberana bajo el amparo de la Virgen de Montserrat.

España: Hexasílabo que recuerda las grandezas tópicas de España.

Plegaria de paz: Al tiempo que arrancaba la II Guerra Mundial fallece el padre de Pedro Saralegui. La poesía que le encargan para el programa de fiestas es una plegaria de paz y de dolor.

No más guerras: Poesía que es una oración dirigida a Dios para que no haya más guerras, guerras que se extienden por el mundo y que llegan hasta el mismo corazón de Tierra Santa.

No somos buenos, Señor: Oración compuesta por el autor al entrar en la iglesia.

Peregrino: Oración a un pobre peregrino que iba buscando cobijo y encontró la muerte en el camino.

El último beso: El beso de una madre a un hijo pequeño que se muere en la cuna.

¡Sin madre!: La madre de Pedro Saralegui muere el 21 de septiembre de 1928 al caerse de un tren en marcha. Versos de dolor e incredulidad.

Lágrimas: Lágrimas al pie de la tumba de su madre en metro endecasílabo.

Mi guitarra: El autor, con la moral hundida seguramente por la muerte de su madre, se queja con amargura de que su guitarra ya no canta sino que solo reza: “en este mundo mortal, ni tienen luz las estrellas ni aroma tiene el rosal”.

Lamentos del alma: El autor confiesa que le adormecen los poemas de amor y le encantan los poemas que hablan de jardines personales. Su jardín está mustio y en él solo crecen pensamientos negros.

Inocencia: Monólogo dramático en el que un preso acusado falsamente de matar a su padre muere mientras intenta escapar de la prisión.

Un momento nada más: La vida pasa tan rápida que cuando reclaman a Pedro Saralegui una poesía para el programa de fiestas él cree que ha pasado un mes y no un año desde la vez anterior.

A lo loco, a lo loco: Aunque envejecamos hay que seguir viviendo con la ilusión de la juventud, imitando una canción de la época “A lo loco se vive mejor”, la vida es un fandango y el que no la baila es un necio.

Un consejo: El autor le responde a un comerciante que le pide consejo sobre cómo actuar en su negocio.

Al Club Taurino de Calahorra: Poesía que ensalza el valor de la tauromaquia comparada con el fútbol. Se come la sílaba final de cada verso convirtiendo de esta manera las palabras llanas en agudas:

Veinte a coger la peló,
dos en una red metí,
uno que marca los go
y otro que les toca el pí.

Bromas y veras. La Barrena: Poesía contra los picadores que barrenan el morrillo de los toros y deslucen con ello la grandeza de la fiesta.

Mi tarjeta de Pascuas: Saralegui aprovecha la costumbre de felicitar las Pascuas por carta para escribir una poesía de felicitación cuyo contenido se resume en la sentencia final: “Ya que no me quites penas, no me las vengas a dar”.

Resurrección: Un canto a la Pascua Florida, “reino de flores, fe de esperanzas, hambre de vida...”

Serenata. Con motivo de la visita de cinco mil bilbaínos a Calahorra: Cinco mil bilbaínos, muy animosos, visitan Calahorra. Vienen a darle la serenata a la ciudad que se ha vestido de gala para la ocasión.

Diálogo gitano: Dos gitanos del barrio de Triana hablan en un bar y resulta que viven en la misma calle, el mismo número y el mismo piso sin conocerse. Eran padre e hijo y estaban borrachos.

La Dolores: La celeberrima jota de la Dolores “Si vas a Calatayud...” es para Pedro Saralegui “el engendro de un alma ruin”. En desagravio compone varias coplas como la que remata el relato:

Esa Dolores famosa
que tanto sale a la luz,
ni aquí la conoce nadie,
ni nació en Calatayud.

Ecos de la jota: Soneto dedicado a la jota, que son recuerdos de Aragón y lamentos de Navarra, y a la que el pueblo da un aire regio.

Guitarra riojana: Coplas de cuatro versos octosílabos a modo de jotas populares compuestas por el autor.

Semblanza: Soneto dedicado a una mujer tan perfecta que no existe.

A una ingrata: Despecho poético hacia una mujer que juega con los hombres.

Mi maldición: A una mujer creída y pretenciosa que no es más que una humilde fregona y más fea que un trueno.

Según como se mire: Don Lino es un prestamista que cobra un interés usurero del nueve por ciento. Le reprochan que a Dios eso le parecerá

mal y el prestamista dice que Dios desde arriba el nueve lo verá como seis.

Cuestión de acento: Dos familiares tenían negocios en común en dos lugares distintos. Uno le envió un telegrama al otro para hablar de dinero. Donde el emisor puso “Juntémonos el veinte...” el destinatario leyó “Junte monos veinte” y compró veinte monos para cuando llegara su pariente.

Reliquias calahorranas: Soneto para que Calahorra despierte y no se duerma en sus viejos laureles.

Bienvenida: En la aparición del semanario *Vida Calahorrana* el poeta le dedica unos hexasílabos de bienvenida y gratitud.

Un escudo en mi solapa: Pepe Gil, funcionario municipal, le impone a Pedro Saralegui un escudo de la ciudad que éste luce con orgullo y del que dice:

Él es todo mi equipaje
y pegado como lapa
va de solapa en solapa
cuando me cambio de traje.

Agradecido, le dedica la poesía a Pepe Gil.

4.3. Relatos y cuentos

En busca de una bandera: Cuando Pedro llegó a Antofagasta (Chile) vio ondear las banderas de muchos consulados. En el de España no vio la bandera en el balcón. Subió a saludar al cónsul y le preguntó el motivo de tal ausencia. Éste le dijo que por cuestión de tiempo no había podido conseguir una. Saralegui, que trabajaba en una empresa con una sección de tejidos, consiguió un gran trozo de tela con los colores de nuestra enseña y se la llevó al cónsul.

Error policiaco: En el año 1929, viviendo en Madrid, Pedro Saralegui sueña que le confunden con el asesino del agregado militar de la embajada de Argentina. En sueños pasó una noche en el calabozo.

Español y calahorrano: Pedro Saralegui presu-
mía de su ciudad natal, la patria de Quintiliano, de

Aurelio Prudencio y de los pimientos morrones. Tuvo que emigrar a Chile obligado por su padre. Se llevó una medalla con la efigie de los santos Emeterio y Celedonio y un escudo de Calahorra en su reverso:

Esas fisuras sangrantes,
y esas tizonas cruzadas
glorias inmortalizadas
que hablan de gestas gigantes.

Mis dos patrias: La frase final resume todo el relato: “Yo soy español y soy calahorrano, como soy hijo de mis padres. ¿Cómo renegar de tan sagrados conceptos?”

Otra vez será: El autor prefiere los restaurantes de su pueblo donde al pan se le llama pan y al vino vino que los de otras ciudades con la carta en francés.

¡Aquí Calahorra!: Palabras de gratitud de Pedro Saralegui escritas en el semanario local *Eco del Ciudadaco* dirigidas a Andrés Resa, quien en un número del año 1968 había elogiado la figura del poeta. Termina el artículo con una poesía despreciativa a los mejicanos que reniegan de la madre patria.

Desengaño. Artículo periodístico (Lucena, 1 de noviembre de 1959): En una aldea llamada Jauja no hay nada parecido al paraíso. El oro solo está en el corazón de algunas personas, se trabaja duro como en cualquier lugar y no atan los perros con longanizas.

Ante el dolor de mi santa esposa: La mujer de don Pedro Saralegui llevaba más de dos años enferma sufriendo dolores agónicos. El autor le pide a Dios que se la lleve pronto para que deje de sufrir.

Otro que se va pa Cuba: El practicante de un pueblo se casa con una chica que lo engaña con otro. Cuando se entera deja a su mujer y se marcha a Cuba. La madre de la chica le recrimina que podía haber engañado a su marido con más discreción, como hizo ella de joven con el suyo. El padre, que estaba escondido en la alcoba de la habitación, sale y dice: “otro que se va pa Cuba”.

Y el último: Jeromillo, de Gallinero de Cameros, estaba haciendo la mili. Tenía una costumbre muy extravagante: todo papel que veía en el suelo lo recogía, decía “éste no” y lo tiraba. Lo mandaron al hospital militar donde los médicos lo declararon inútil total por su manía. Cuando le entregaron el papel de la licencia lo recogió y dijo “éste sí”.

Un cuento de propina: Dos gitanos trianeros pactan emborracharse en días alternos.

Los dos compadres: Dos compadres bebedores acuerdan beber un día sí y otro no para que al menos uno de los dos no se emborrache y pueda llevar al otro a casa.

Usos y abusos: En el año 1969, a raíz de la noticia de que un hombre había tirado su televisor por la ventana, Pedro Saralegui se muestra comprensivo porque no hay invento más aburrido y desesperante.

Jota final:

Aquí terminan las berzas
y el que sembró la simiente
allá va la despedida
que me despido pa siempre.

5. Reconocimiento a su figura: la calle

No conocemos con exactitud cuándo el Ayuntamiento de Calahorra le dedicó la calle que lleva su nombre, seguramente fue hacia el año 1969. Lo que sí sabemos es que nuestro poeta disfrutó del reconocimiento de su ciudad y alcanzó a ver su calle en vida. Los últimos años los pasó en Logroño, siempre deseoso de visitar su pueblo, recibiendo a unos y a otros, con la tez arrugada por la edad pero siempre ocurrente y dicharachero. Una de las últimas personas a quien recibió fue a un joven poeta, maestro y periodista llamado Luis Martínez Martínez quien le dedicó un obituario en nombre del periódico en el que colaboraba, *La Gaceta del Norte*:

La Gaceta del Norte, entrañablemente unida a todo lo riojano, siente la muerte de este gran

hombre que ha hecho las delicias de nuestros mayores con su pluma ágil, limpia, oportuna, humorista y profundamente calahorrana.

Bibliografía

- CINCA MARTÍNEZ, J. L. El incendio de la Catedral de Calahorra. 13 de junio de 1900. En *Kalakorikos*, 2004, n. 9, p. 159-192.
- GUTIÉRREZ ACHÚTEGUI, P. *Historia de la muy noble, antigua y leal ciudad de Calahorra*. Logroño: Ed. Ochoa, 1981.
- MERINO URRUTIA, J. B. *Artífices vascos en La Rioja. Ensayo histórico de una gran emigración*. Bilbao: La Editorial Vizcaína, 1976.
- SARALEGUI RUIZ, P. *¡Cualquier cosa! Poesías*. Jaén: Imprenta Morales, 1929.
- *Lira riojana. Colección de poesías*. Calahorra: Imprenta Viuda de Gil, 1917.